

Vida Social e Investigación Transdisciplinaria para la Interpretación de la Acción Colectiva y los Movimientos Sociales

Producción de Conocimiento: Debate o discusión en teoría social

GT 16: Metodología y epistemología de las ciencias sociales

Palabras clave: Transdisciplina, Interpretación

Dr. Carlos Jiménez Solares

Es lógico que se me acuse también de ser apocalíptico, pero ésta es una crítica de rigor que no me impresiona.

Si las cosas van mal, digo sin demasiado "salomonismo" que van mal; tal vez exagero un poco, pero es porque la mía quiere ser una profecía que se autodestruye, lo suficientemente pesimista como para asustar e inducir a la cautela.

Giovanni Sartori, Homo videns.

Introducción

El tema de este trabajo es el cambio en la vida social y la manera de cómo el conocimiento social — que incluyen a los estudios sobre la acción colectiva y los movimientos sociales—, ha sido afectado por éste. El cambio ha estado presente a lo largo de la historia del hombre, su sociedad y su medio ambiente, pero su ritmo y aceleración es, en nuestro tiempo, una fuerza poderosa de gran estrépito (Toffler, 1993: 104). La sociedad contemporánea asiste a una época de transición donde el futuro no termina de imponerse y el pasado aún se resiste a desaparecer. Este impulso acelerador acarrea consecuencias: derriba instituciones, trastorna nuestros valores, arranca nuestras raíces y depreda, destruyendo el medio ambiente. La rapidez del cambio conlleva transitoriedad, novedad y diversidad; tres procesos que nos remiten a la complejidad de nuestro mundo social y natural.

Ante este estado de cosas, debemos preguntarnos si la conformación mental del conocimiento occidental se ha desarrollado al mismo ritmo y aceleración de la vida social, y si da cuenta de su transitoriedad, novedad y diversidad.

El conocimiento social, debe reaccionar y de hecho lo está haciendo, ante un evidente rezago paradigmático, buscando construcciones teórico- metodológicas de síntesis transdisciplinaria que permitan comprender los fenómenos y procesos emergentes (Jeffrey, 1989: 95 y Morin, 1994 y 1998: 68).

Esta búsqueda es una necesidad prioritaria de nuestro tiempo. Para contribuir a esa construcción, se proponen **nueve dilemas a resolver**.

Cambio y vida social

La década de los años setenta, la llamada década perdida de los años ochenta, la de los noventa la primera del siglo XXI y lo que transcurre de la presente, representan para la mayoría de nosotros, nos referimos a las generaciones más recientes de investigadores, tanto de las ciencias sociales como de las ciencias naturales, una gran parte de nuestras vidas. Pero estos casi cuarenta años significan algo más, son los años de la irrupción y consolidación del neoliberalismo, de la implantación de la economía de mercado y de la globalización.

El arribo del neoliberalismo trajo y trae consigo la destrucción y el desmantelamiento de una sociedad mundial cimentada y fincada en un Estado benefactor, interventor y totalizador como promotor del desarrollo económico, político y cultural junto con una depredación sin precedente del medio ambiente. Consiste en una época de transición ciertamente, pero una transición violenta, abigarrada y vertiginosa. La destrucción y el desmantelamiento intrínseco a este nuevo orden mundial, arrastra procesos de desorden societal y natural donde conviven el viejo orden en desintegración y el surgimiento de uno nuevo. Nuestra vida social se caracteriza por un pasado que no acaba de retirarse y un futuro que no se establece del todo. Vivimos una transición distinta, en términos cualitativos y cuantitativos, a los procesos transicionales experimentados a lo largo de la historia del hombre (Hardt y Negri, 2002: 205). En el ámbito teórico asistimos también a una transición (Touraine, 1997: 67) hoy conviven los marcos conceptuales con que las ciencias han analizado la vida social y los nuevos cuerpos conceptuales que, por un lado, justifican como apología a la sociedad de mercado y la globalización, por el otro, los que tratan de dar cuenta de la complejidad de lo realmente existente e incluso, muchos de ellos, proponen y generan modelos alternativos.

Un obstáculo para abordar la transición es, sin ninguna duda, reconocer que vivimos en ella. Por supuesto, no es tarea fácil. Por el contrario, en el hombre está presente de manera permanente la resistencia al cambio. Aceptar que vivimos en una era de transición implica cuestionar nuestros referentes. Significa aceptar que nuestros marcos conceptuales contienen caducidad, y quizá no sean ya los más adecuados para comprender e interpretar nuestro mundo que ha aumentado notablemente su complejidad y su ritmo vital a una velocidad sin precedente en la historia, hecho que dificulta aún más el acceso a lo realmente existente. Este reconocimiento es el **primer dilema a atender** hacia la transdisciplina.

La construcción analítica del conocimiento social

En los distintos cuerpos teóricos, sean viejos o nuevos, el concepto (Kosik, 1997: 50) representa el instrumento teórico, metodológico e intelectual que las ciencias sociales, las naturales y la Sociología Rural en particular, necesitan como basamento para desfigurar y comprender la realidad construyendo, con ellos recursos analíticos coherentes con una estructura y una lógica en sí mismos, en un proceso constante de abstracción. El uso de conceptos nos permite desarrollar una habilidad, un proceso mental analítico constructor de metodologías de investigación y formas teóricas de interrelacionar los hechos y fenómenos sociales y naturales.

Todo proceso mental analítico es un proceso de abstracción, es el proceso de pensamiento por el cual conocemos las características de nuestro objeto de estudio.

Al estar frente al objeto, obtendremos por medio de los sentidos apariencias, sensaciones, conexiones externas e impresiones de su realidad, a nivel sensorial. Posteriormente, elaboramos mentalmente juicios y razonamientos en forma abstracta que nos llevan a una conclusión lógica, surgiendo así los conceptos.

En el proceso de abstracción pensado como forma de obtener conocimientos sociales, existen dos posturas epistemológicas fundamentales. La primera es aquélla en la que lo abstracto aparece fuera de los rasgos concretos del objeto, que nos lleva a establecer el mundo conceptual separado del real. En la segunda, el pensamiento utiliza la abstracción para conocer lo concreto, estableciendo la conceptualización dentro de lo real.

El camino concreto - abstracto - concreto, presenta varios rasgos característicos. El concreto inicial expresa la materialidad del objeto real, que se encuentra en existencia permanente y cambiante. Después se pasa a la abstracción mental, que nos ayuda a interpretar lo observado y conocer su esencia, la cual constituye una generalización que conserva todas las características de un conjunto de objetos reales similares. Con la abstracción podemos comprender la esencia misma de cualquier objeto, a su

vez, podemos categorizar y sistematizar de acuerdo a las características específicas de los distintos objetos reales. Cuando se regresa a lo concreto, se hace sólo en forma teórica, puesto que el objeto teórico no tiene una materialidad; sin embargo, nos permite comprender la esencia misma del objeto y así poder establecer la conceptualización de nuestro objeto real.

Hemos ocupado espacio para resumir de forma apretada la concepción más generalizada y aceptada, en ciertos medios académicos, sobre la generación y proceso del conocimiento social. Es obvio que lo señalado aquí es polémico, fuente y material de fuertes controversias. No es nuestro objetivo entrar en ellas. ¿Entonces de qué se trata, no se quiere entrar en una polémica epistemológica pero parecería una invitación a ella? En realidad, nuestra pretensión es señalar que en el camino concreto - abstracto - concreto, independientemente de recorrer sólo lo concreto - abstracto o lo concreto - abstracto - concreto, existe un supuesto en el proceso mental de abstracción. El supuesto invita a reflexionar sobre una característica propia del pensamiento occidental, tanto como conocimiento común como pensamiento científico, razonar en pares opuestos.

Razonar en pares opuestos significa hacerlo en oposición, implica contraste entre dos cosas contrarias, posición de una cosa enfrente de la otra. La separación nos remite a la desunión, a la disociación, a la división, a la distinción y a la diferenciación.

La estructura básica del pensamiento occidental, tanto del conocimiento común como del conocimiento científico, es razonar con oposiciones, separaciones, distinciones y diferenciaciones: blanco - negro, grande - chico, alto - bajo, bueno - malo, idealismo - materialismo, proletariado - burguesía, capitalismo - socialismo, abstracto - concreto, análisis - síntesis, estructura - función, a priori - a posteriori, base - superestructura, calidad - cantidad, causa - efecto, ciencias naturales - ciencias sociales, contenido - forma, crítica - autocrítica, clase en sí - clase para sí, deducción - inducción, esencia - fenómeno, externo - interno, finito - infinito, individuo - sociedad, libertad - necesidad, necesidad - causalidad, parte - todo, nominalismo - realismo, posibilidad - realidad, sujeto - objeto, ideología - ciencia, trabajo físico - trabajo intelectual, absoluto - relativo, objetivo - subjetivo, estructura - acción, microsociedad - macrosociedad, campo - ciudad, agricultura - industria, urbano - rural, sociedad - naturaleza, etcétera.

No pretendemos sugerir al lector que este recurso sea equivocado, infructuoso, por tanto, desechable. De hecho, el razonar con oposiciones, separaciones, distinciones y diferenciaciones ha permitido y explica los avances y el dominio del pensamiento occidental. Sin embargo, este excelente instrumento de análisis encierra en sí mismo peligros y tentaciones. Contiene en sí mismo una enfermedad intelectual de fácil contagio; y nos atrevemos a afirmar que la mayoría de nosotros estamos contagiados, somos portadores de dicha enfermedad sin saberlo.

Esta enfermedad intelectual no incomoda, ni duele, no molesta. Por el contrario, el enfermo, paradójicamente, se siente más productivo, lúcido e innovador, a pesar de los efectos que le produce: ceguera y cuadrado intelectual o, para decirlo con otras palabras, la enfermedad tiene un nombre: parálisis paradigmática (Kuhn, 1993:34).

La parálisis paradigmática consiste en creer en la superioridad absoluta del punto de vista, corriente o escuela de pensamiento asumida por un científico. Con la superioridad viene la creencia en una única y, por tanto, válida forma de explicar el mundo y su acontecer.

La parálisis paradigmática tiene otros síntomas: el olvido y la certeza de claridad y entendimiento. El científico olvida que razonar por oposiciones, separaciones, distinciones y diferenciaciones es tan sólo un recurso, un andamio, un instrumento analítico, un constructo, una abstracción no existente en lo real, es una forma de acceder a la comprensión de la vida social (Bell, 1997: 87). Al olvidarlo se identifica lo construido mentalmente con lo realmente existente. A tal grado que lo realmente existente aparece como un mundo dividido y clasificado, un mundo de parcelas perfectamente delimitadas y fragmentadas como las disciplinas sociales y naturales o como lo rural y lo urbano, así el mundo es claro, aprehensible, cognoscible y manejable. El instrumento, el andamio, el constructo se transforma en la realidad.

El razonar por oposiciones, separaciones, distinciones y diferenciaciones es un recurso peligroso: puede alejarnos de las mediaciones entre los dos polos o las especificidades de algún polo o de ambos. Superar la parálisis paradigmática es una necesidad de nuestro tiempo. ¿Cómo lograrlo? Con imaginación, apertura y disposición intelectual. Se necesita reconocer no la superioridad de un paradigma, sino la existencia de una heterogeneidad de formas de interrogar a la realidad y de formas de construir caminos para ese interrogatorio. Este es el **segundo dilema** hacia la transdisciplina. Se necesita también, dejar a un lado el olvido y dudar sobre la certeza de claridad y entendimiento. Debemos comprender que razonar por oposiciones, separaciones, distinciones y diferenciaciones es tan sólo un andamio, un recurso que nos permite separar lo real en el pensamiento como dicotomías, pero esta separación no es lo realmente existente. Requerimos una vez separado, diferenciado lo real volver a unirlo a través de las múltiples mediaciones y especificidades de las partes separadas. Sólo así la certeza de claridad se convierte en certeza de complejidad de lo realmente existente. Lo anterior, constituye el **tercer dilema** hacia la transdisciplina.

Devenir del ser y devenir del logos

Alvin W. Gouldner sugirió una dicotomía, hace más de treinta años, cuya actualidad y vigencia es demoledora. Arguye que los teóricos de la década de los años setenta trabajaron dentro de una matriz social que paulatinamente se derrumbó (Gouldner, 1979: 25).

Para Gouldner sólo exponiéndonos a correr riesgos podemos divorciar la crítica a la transformación de la sociedad de la crítica y transformación de las teorías acerca de la sociedad.

La crítica a la transformación de la sociedad, que llamaremos el devenir del ser, y la crítica a la transformación de las teorías acerca de la sociedad, que llamaremos el devenir del logos, son como dos líneas que se desarrollan de manera paralela sin coincidir plenamente. El devenir del ser corre por delante del devenir del logos, ya que éste último requiere de cierto tiempo para producir adaptaciones y transformaciones en sus cuerpos teóricos o nuevas teorías. Existe una distancia necesaria entre el devenir del ser y el devenir del logos¹.

La distancia necesaria es mínima cuando no existe un divorcio entre la crítica del ser y la crítica del logos. Pero la distancia puede crecer en la medida que se aliente la separación entre ambos polos de la dicotomía y/o la velocidad entre ambos devenires se desajuste, abriéndose un abismo entre ellos.

El desajuste se produce por varias razones o la combinación de ellas. Para nosotros dos son de vital importancia. La primera es cuando el devenir del ser adquiere una velocidad y una complejidad mucho mayor, dejando muy atrás al devenir del logos. La segunda es cuando el devenir del logos enferma de parálisis paradigmática, quedándose atrás del devenir del ser. Reconocer el desajuste y tratar de acortar la distancia entre ambos devenires, es el **cuarto dilema** hacia la transdisciplina.

El mejor modo de analizar la sociedad moderna es concebirla como una difícil amalgama de cuatro ámbitos distintos, no congruentes entre sí y con diferentes ritmos de cambio, pero íntimamente ligados por relaciones y referencias recíprocas profundas y complejas y no de manera fragmentada, separada y unilateral.

Los cuatro ámbitos son: lo económico, lo político, lo cultural y lo natural. Estos cuatro ámbitos han moldeado las tensiones y conflictos de la sociedad occidental contemporánea. Una idea dominante en

¹En este momento aparece una noción polémica. Para muchos la teoría expresa y permite explicar la realidad, en cuyo caso el devenir del ser y el devenir del logos coincide plenamente. Para otros tantos, la teoría no sólo permite explicar la realidad actual sino la que está por venir, constituyendo el principal instrumento para la construcción de una nueva sociedad, en este caso el devenir del logos se adelanta al devenir del ser. Aunque Gouldner hace un llamado para que ambos devenires coincidan y posteriormente el devenir del logos adelante al devenir del ser, reconoce que las condiciones al seno del logos en su tiempo, en realidad significa el alejamiento cada vez más pronunciado de los devenires. Para nosotros todo intento para hacer coincidir ambos puntos o incluso que el devenir del logos se adelante invade la esfera de la utopía o de la ingeniería social.

el conocimiento es que la sociedad se explica específicamente por los cambios en el orden económico. Pero en la vida social, por ejemplo, en su estructura y en la acción social, el sistema político y la acción colectiva, no están determinados solamente por la economía. El orden económico no determina el orden político, ni la cultura, ni el medio ambiente

Una argumentación de este tipo debe ser tomada con excesiva precaución. Al igual que aquellas que reemplazan lo económico por cualquier de los ámbitos mencionados. En la vida social no existe ninguna relación simple y determinada por un sólo ámbito. La sociedad es un sistema completo de interconexión formada por cuatro ámbitos distintos, cada uno de los cuales obedece a un principio axial diferente. La sociedad dividida en cuatro ámbitos es un recurso analítico, un constructo, que además origina disciplinas fragmentadas o, para decirlo de otra manera: produce conocimiento fragmentado.

Estos ámbitos no son congruentes entre sí y tienen diferentes ritmos de cambio; siguen lógicas diferentes y las distintas disciplinas que los estudian, construyen esquemas conceptuales muy diversos. Son las discordancias entre esos ámbitos las responsables de las diversas contradicciones dentro de la sociedad.

La sociedad, la vida social o lo realmente existente, es un sistema complejo estructuralmente entrelazado y unificado; que requiere para su comprensión de una visión holística y no monolítica.

Reconocer que lo social está compuesto de economía, política, cultura y medio natural, es el **quinto dilema** hacia la transdisciplina.

Por tanto, hablar de estudios socioeconómicos, ecológicos, políticosociales, por ejemplo, y de todas aquellas combinaciones dicotómicas de cualquier de los cuatro ámbitos mencionados, son necesariamente fragmentados.

Tres caminos metodológicos distintos: *metateorización, teorización y tipo ideal*

En términos generales, la metateorización (Ritzer, 1997: 258) puede definirse como el estudio sistemático de las estructuras conceptuales de la teoría social. La metateorización debe distinguirse de la teorización, aunque la mayoría de los teóricos hayan metateorizado y muchos metateóricos hayan teorizado. El objeto de estudio de los metateóricos es la teoría, los teóricos, en cambio, reflexionan sobre el mundo social, a partir de una teoría. La metateorización persigue dos tipos de análisis: el primero, como medio para obtener una comprensión más profunda de las teorías existentes y, el segundo, implica el estudio de las teorías existentes para producir teorías nuevas. El objeto de reflexión de los metateóricos, puede construirse a partir de conceptos, datos, métodos, teorías o producción científica.

La búsqueda de la transdisciplina ha producido un significativo aumento, a partir de la década de los años noventa, del trabajo metateórico desarrollando nuevas teorías integradoras y sintéticas. A pesar de este auge, se requiere de la fusión de la metateorización y la teorización. Este es el **sexto dilema** hacia la transdisciplina.

Ahora bien, el recurso metodológico de tipo ideal (Weber, 1982: 101), se realiza a partir de la síntesis de una gran cantidad de fenómenos concretos, individuales, difusos y distintos, donde el investigador propone una acentuación unidimensional y subjetiva para lograr una construcción analítica unificada. El tipo ideal es un constructo mental, puramente conceptual, que no puede ser encontrado empíricamente en ningún lugar de la realidad.

El tipo ideal cumple el papel de instrumento explicativo en el conocimiento social. Su carácter heurístico tiene como finalidad la previsión del desarrollo tendencial del conjunto de procesos y fenómenos sometidos a estudio.

Un tipo ideal no es una fotografía o un reflejo de lo realmente existente. Es una construcción donde se relacionan elementos y conceptos seleccionados de acuerdo a los intereses y objetivos del investigador. Al evitar ser un reflejo de lo realmente existente, en sí cambiante y complejo, el tipo ideal se convierte

en un instrumento del discurso. Su utilidad radica en el alejamiento de la vida social que permite, al ser comparada con ésta, realizar una imputación causal.

La utilización de tipos ideales trae consigo que se tome a la historia como referente permanentemente. Implica que la contrastación empírica no es un mero procedimiento secundario, sino el objetivo intrínseco de un tipo ideal. Constituye un excelente recurso de construcción: de un mismo proceso se pueden, según lo que le interese al investigador acentuar, generar explicaciones parciales o subtipos ideales que van enriqueciendo al original, aproximándose sucesivamente a una comprensión de nuestro mundo real. La fusión de estos tres caminos metodológicos constituye el **séptimo dilema** hacia la transdisciplina.

Fundamento y validez del conocimiento social

A la pregunta ¿cómo las ciencias pueden ser reconocidas como una forma de conocimiento objetivamente válida?, históricamente han existido cuatro respuestas.

Primera respuesta: con investigación y metodología positiva. En ella se abre una dicotomía: ciencias de la naturaleza, donde el hombre es un extraño, y ciencias sociales, donde el hombre está incluido. Ambas adquieren su estatus científico descubriendo las leyes universales que permiten la explicación de la realidad. La tarea del científico es la búsqueda de la objetividad, que implica asumir una neutralidad valorativa, donde la subjetividad del investigador debe dejarse a un lado. Por tanto, el conocimiento generado es un reflejo fiel de la realidad.

Segunda respuesta: por su objeto de estudio. Existe una diferencia por el objeto de estudio entre ciencias de la naturaleza y ciencias del hombre. Las primeras buscan las relaciones causales y el sistema de leyes, para explicar a la naturaleza. En las segundas, la finalidad es el análisis de regularidades y generalidades. Pero también la determinación de particularidades e individualidades. En ambas respuestas existe una dicotomía, una separación entre naturaleza y sociedad.

Tercera respuesta: hay una distinción por el fin cognoscitivo entre ciencias nomotéticas (que pueden ser naturales o sociales), las cuales descubren regularidades, leyes o generalidades; y las idiográficas (que al igual que las anteriores, pueden ser naturales o sociales), cuyo fin es el establecimiento de particularidades, individualidades y singularidades.

Cuarta respuesta: construcción de síntesis. Implica la eliminación de la distinción naturaleza-sociedad; el cuestionamiento a los enfoques globalizadores, uncausales y reduccionistas que pretenden ser panexplicativos u omnicomprendivos; el cuestionamiento de los enfoques macro, estructurales, colectivistas y objetivistas; la fusión de los enfoques anteriores, con otros enfoques o planteamientos desatendidos, ignorados o subestimados, con conceptos como: subjetividad, acción e individualidad. Esta cuarta respuesta constituye el **octavo dilema** hacia la transdisciplina.

Dicotomías presentes en el estudio de la Acción Colectiva y los Movimientos Sociales

Para abordar el noveno dilema resulta indispensable hacer una breve discusión teórica. En la década de los años sesenta surgen, en los países desarrollados, dos escuelas que han jugado un papel importante por sus contribuciones a la búsqueda de nuevos instrumentos teórico - metodológicos y conceptuales respecto a la acción colectiva y los movimientos sociales. Dos escuelas que retoman y siguen corrientes de pensamiento teórico social anteriores a la década citada. Estas escuelas son la norteamericana centrando sus aportes en la noción de estrategia y la europea enfocada en la noción de identidad.

La perspectiva norteamericana

El interaccionismo

El enfoque del comportamiento colectivo desarrollado en los Estados Unidos en la Escuela de Chicago, en la década de los años veinte, dominó el estudio de la acción colectiva y los movimientos sociales hasta finales de los años sesenta.

Su interés básico constituyó el interaccionismo social (Collins, 1996). Dicha Escuela resaltó a las conductas o comportamientos colectivos como componentes de la vida social, es decir, como parte constituyente del funcionamiento de la sociedad y como factores del cambio dentro de ella. La acción colectiva construida teóricamente como comportamiento que no está totalmente controlado por las normas ni por las tradiciones que definen el orden social. Por ello, son conceptualizadas como comportamiento desviado, anómico, fragmentado e irracional; son considerados como efectos de disfunciones del sistema. Por tanto, las acciones colectivas tienden a la adaptación o vuelta al equilibrio del sistema evitando rompimientos en él. Es un enfoque que privilegia la motivación individual o situación del actor como determinante de ella.

Dentro de esta misma Escuela, Robert Park (Collins, 1996), asume al comportamiento colectivo como una realidad patológica que tiende a lo normal, como un elemento fundamental y cotidiano del funcionamiento de la sociedad y como un factor decisivo del cambio, cuando son comportamientos institucionalizados. La acción colectiva representa un fenómeno controlado no plenamente por las normas que rigen el orden social, al tender hacia el orden lo transforman creando nuevas normas.

Así, la identificación de estas conductas con la irracionalidad cede progresivamente su puesto a un reconocimiento ligado a la integración y el conflicto, entre orden e innovación o cambio. La Escuela de Chicago centró su interés en otras formas de acción colectiva más que en los movimientos sociales: los comportamientos cotidianos e institucionalizados.

Esta escuela llevó a cabo numerosas investigaciones sobre formas de acción colectivas, de diferentes episodios del comportamiento colectivo y sobre descripciones minuciosas de varias formas de acción, construyendo una abundante base empírica.

En la Escuela de Chicago no se encuentra una referencia a las relaciones de clase, asume a los actores como clave de explicación de las conductas colectivas y acomoda a los comportamientos ocasionales de las multitudes, los movimientos sociales y las revoluciones políticas. La acción tiene su origen siempre en el comportamiento individual como productor de tensiones que amenazan el equilibrio del sistema social. La tensión produce creencias generalizadas que movilizan a la acción y buscan restablecer el equilibrio perdido del sistema. En la acción colectiva no hay ninguna referencia a las relaciones de clase, ni al modo en el cual los recursos son producidos y apropiados. La acción es sólo una reacción a los mecanismos funcionales de un sistema.

El interaccionismo simbólico de Herber Blumer (Collins, 1996), se interesó por la creación de nuevas normas, por los procesos de autorregulación y los procesos espontáneos de aprendizaje social e innovación en el comportamiento colectivo. La creatividad social desplegada en formas innovadoras de interacción simbólica podía llevar, según Blumer, a romper con las rutinas del comportamiento institucionalizado normal, nuevas formas emergerían con una propia dinámica impactando en los comportamientos colectivos. El interaccionismo simbólico se orienta a una investigación sociopsicológica de la conducta individual. Esta perspectiva alcanza una expresión mucho más amplia y desarrollada con la obra de Ralph Turner y Lewis Killian (1957).

Funcionalismo

Talcott Parsons (1968) no trata de manera específica y sistemática a la acción colectiva y a los movimientos sociales. Sin embargo, su obra contiene elementos que se asocian con ellos. Para Parsons, los comportamientos o conductas desviadas constituyen una disfunción en los procesos institucionales. Las conductas desviadas son aquéllas que infringen las normas institucionalizadas y producen desequilibrios en los procesos de integración social. La desviación es el síntoma de una patología en la institucionalización de las normas; es decir, que las normas no han sido suficientemente interiorizadas o existen fallos en el proceso de interiorización.

Parsons explicó el surgimiento del movimiento social en función de tensiones originadas en el desarrollo desigual de los subsistemas de acción que constituyen un sistema social. En suma, las conductas colectivas siempre se derivan en Parsons de una situación de desequilibrio y de escasa funcionalidad en los procesos de integración del sistema social.

Desde una perspectiva macrosociológica, los grandes cambios y transformaciones sociales producto de la modernización y la racionalización ocurren a espaldas de los individuos, pero los afectan diferencialmente obligándolos a tomar posición y a una acción, constituyéndose ésta en el material de investigación sociológica.

Robert Merton (1974) se interesó justamente por los procesos por los cuales un sistema social no logra realizar una plena integración de sus subsistemas, a la vez que se preguntó por qué las normas no son suficientemente interiorizadas. Su análisis de la anomia constituye el elemento clave que le permite la explicación de las fallas en los procesos de integración e interiorización.

Para Merton, las acciones colectivas no son anómicas sólo en el sentido patológico. Este autor distingue entre comportamiento desviado y comportamiento inconforme. El primero arremete y se enfrenta contra las normas a partir de las desventajas personales que éstas imponen, es un comportamiento aceptador de los fines y no rechaza los medios institucionales para alcanzarlos. El segundo, pretende cambiar y sustituir valores que considera inadecuados. Pero a diferencia del primero, el comportamiento inconforme pone en duda los fines, en algunos casos acepta los medios y en otros también los cuestiona. Merton, a diferencia de Parsons, no cuestiona la legitimidad del comportamiento desviado y menos la del comportamiento inconforme.

Por tanto, Merton muestra que la acción colectiva no puede ser reducida a la disfunción sistémica. Es necesario y totalmente pertinente distinguir entre los procesos colectivos que son producto de la disgregación del sistema y los procesos que tienden a una transformación de las bases del sistema.

Tanto la perspectiva interaccionista como la funcionalista tienen bastante en común y es posible considerarlas partes compatibles de un único enfoque común, el del comportamiento colectivo. Existe, entre las dos, una especie de división del trabajo que asigna las tareas microsociológicas al interaccionismo y las tareas macrosociológicas al funcionalismo.

Neil J. Smelser (1989), discípulo de Parsons, en los años sesenta, propuso una teoría general y sistemática del comportamiento colectivo. Las creencias generalizadas son los elementos fundamentales a partir de las cuales debe analizarse, investigarse e interpretarse todo comportamiento colectivo. Están en la base de las condiciones del surgimiento de la acción colectiva, privilegiadas en su estudio por Smelser. Los factores originarios de los comportamientos radican en disturbios o disfunciones del sistema social: tensiones, permisividad del orden social, quiebra de los controles sociales, desfase entre integración normativa y estructura, etcétera.

La acción colectiva es una respuesta reactiva de comportamiento ante las crisis y transformaciones sociales, y no como decía Parsons, ante las normas y valores. Las acciones colectivas surgen para hacer frente a lo indefinido o no estructurado, es decir, ante las fallas en la integración del sistema. Acciones que éste procesa para canalizarlas hacia el restablecimiento del orden. En otras palabras, constituyen defensas y mecanismos de saneamiento de un sistema, lo cual permite su cambio. El mecanismo de integración hacia el orden son precisamente las creencias generalizadas. Smelser diferencia en su propuesta entre componentes y determinantes del comportamiento colectivo. Los primeros

componentes son valores y normas, es decir, el conjunto o sistema de reglas que se traducen en comportamientos. Otro componente es la organización o la movilización de las motivaciones, esto es, la capacidad de motivar a los individuos para asumir comportamientos regulados por normas y valores. El último componente son los recursos o conjunto de medios que permiten u obstaculizan el logro de los objetivos o fines de la acción. A su vez, cada componente se integra de siete niveles. Las tensiones o disfunciones afectan a cada uno de los componentes y sus niveles, creando una situación de confusión e incertidumbre. Surge entonces la acción colectiva o comportamiento colectivo para reestructurar o normalizar a los componentes afectados por la tensión, eliminando el estado de confusión e incertidumbre del sistema.

En todo este proceso las creencias generalizadas actúan a partir de la tensión junto con las acciones colectivas; son éstas, de hecho, las dirigidas o canalizadoras de la acción para corregir la disfunción. Los componentes, en la teoría de Smelser, están asociados a un tipo de creencia: histérica, vinculada a una fuerza oscura dotada de poder destructivo; creencia de satisfacción asociada, -al contrario de la primera- a fuerzas dotadas de poderes constructivos capaces de eliminar la amenaza y la incertidumbre; la creencia hostil, vinculada a la agresión y la búsqueda de un chivo expiatorio; la creencia orientada a la norma, ligada a las posibilidades de modificar las normas; y finalmente, la creencia orientada a valores, vinculada a la posibilidad de cambio en aquellos vigentes.

Estas cinco creencias generalizadas se asocian, corresponden y están en la base de cinco tipos de acciones colectivas: a) pánico, b) los booms, las modas y los *crazes* o manías colectivas, c) tumultos y movimientos violentos de carácter agresivo, d) movimientos reformistas y e) movimientos revolucionarios.

Smelser indica también una serie de determinantes del comportamiento colectivo, que son en realidad condición necesaria aunque no suficiente para que se verifique un comportamiento colectivo. La primera es la propensión estructural, es decir, la existencia de recursos para que una acción pueda llevarse a cabo. La segunda es la tensión, la existencia de una disfunción o desequilibrio que afecte a algún componente de la acción. La tercera, es la afirmación de una creencia generalizada en la existencia de amenazas y la posibilidad de combatirlas, lo que a su vez produce la cuarta determinante: la movilización de los individuos en contra de una quinta determinante: la existencia del control social. La investigación y propuesta de Smelser por primera vez hace explícita la intención de establecer un nivel analítico común para las varias formas de comportamiento colectivo. Su propuesta queda como un instrumento descriptivo útil en la clasificación de diferentes conductas empíricas que sólo tienen en común lo colectivo.

Quizá la principal limitante de esta propuesta sea la excesiva atribución de todos los fenómenos colectivos a una disfunción en los procesos de integración social, siguiendo a Parsons. La disfunción siempre está explicada por un origen externo al sistema. El desequilibrio, tensión o disfunción no puede originarse al interior del sistema. La acción colectiva y los movimientos en este marco conceptual son secundarios, una simple respuesta a la disfuncionalidad. No existe espacio para el conflicto al interior del sistema, puesto que ellos son instrumento para el restablecimiento del orden o funcionalidad o vuelta al equilibrio del sistema.

El modelo smelseriano no resultó adecuado para explicar la planificación temporal, el carácter cognoscitivo, la conducta o los objetivos de los actores en los movimientos sociales y otras formas de acción colectiva. Los movimientos de los años sesenta y sobre todo de los setenta no constituyeron simples respuestas a crisis económicas o colapsos sistémicos. Entrñaban objetivos concretos, valores e intereses generales claramente articulados y estrategias racionalmente calculadas. A todas luces era necesario un enfoque teórico para el análisis de la acción colectiva y los movimientos sociales.

Para muchos, los movimientos sociales se manifestaban como fenómenos racionales. Algunos de ellos perseguían sus fines con la máxima economía de medios, de acuerdo a una lógica instrumental

perfecta. Causas, objetivos, movilización y acción daban la impresión de confluir en la racionalidad instrumental.

Estas nuevas expresiones se intentaron explicar con base -a pesar de las evidentes dificultades-, al uso de las teorías existentes sobre la acción colectiva para formular modelos de “privación relativa”, como por ejemplo, el de Ted Gurr (1970). Para este autor, los comportamientos colectivos se originan por una situación económica o social desventajosa que conduce a la violencia; es decir, la frustración produce agresión. Esta explicación resultó, ante el avance de los nuevos movimientos sociales, totalmente insuficiente.

Individualismo metodológico

Frente al funcionalismo, aproximadamente desde mediados de los años sesenta hasta la fecha, se ha desarrollado un enfoque basado en el individualismo metodológico con dos variantes en su seno: la elección racional y la movilización de recursos, compartiendo elementos en común (Thurow, 1988).

La elección racional

Para la elección racional ni los sentimientos individuales de privación, ni la preocupación por objetivos comunes explicarían las revoluciones, los movimientos sociales ni cualquier otra forma de acción colectiva, sino sólo la esperanza de conseguir beneficios privados motivan la participación de los individuos y grupos, tanto pequeños como grandes.

La elección racional se preocupa por la relación existente entre los intereses individuales y la acción colectiva, concentrándose y poniendo énfasis en las decisiones del individuo. La elección racional como teoría construye lo colectivo a partir de lo privado e individual. Los teóricos más representativos del enfoque de la elección racional son Mancur Olson (1992), T. Moe, Jon Elster (1991) y Herbert Alexander Simon (1989).

Mancur Olson (1992) elaboró un influyente modelo de elección racional, en el cual los individuos no participan en acciones colectivas a menos que los beneficios esperados superen los costos de su acción. Este cálculo individual es justamente racionalidad presente en todos los colectivos y organizaciones de naturaleza económica.

El interés común de todos los miembros de un grupo consiste en obtener algún beneficio al emprender cualquier acción colectiva. Incluso esperar que con el simple hecho de pertenecer a un grupo, aunque no se participe en sus acciones, reporte algún beneficio (dilema del gorrón o free-rider). Sí el beneficio por obtener resulta tan importante, entonces la generación de una acción colectiva en un grupo requiere forzosamente de la existencia de gratificaciones y sanciones para motivar a los que deciden participar y sancionar a aquéllos que se abstienen de ello, evitando la existencia de “gorriones”.

Los hombres, en la propuesta de Olson, son individuos racionales, maximizadores de sus beneficios e intereses privados, que calculan meticulosamente costos y ganancias antes de iniciar cualquier acción colectiva o participar en ella.

Los actores, al decidir intervenir en una acción colectiva, esperan recibir beneficios que superen en mucho los costos de su participación. La acción colectiva en Olson se reduce a la expectativa de los individuos para obtener un provecho de carácter personal.

Con todo lo anterior, la noción de racionalidad en Olson está atrapada y se limita a la posibilidad siempre presente de obtener gratificaciones extraordinarias. Este enfoque presenta a los actores sociales como máquinas calculadoras a las que se les extrae la posibilidad de que la pasión o los sentimientos rompan y dejen atrás al cálculo racional. Paradójicamente, los sentimientos y pasiones aparecen como racionales.

Entre costos y beneficios, los individuos no pueden participar en acciones colectivas en pos de ideales o valores que no reporten ningún beneficio, no se puede ser heroico, altruista ni utópico.

El modelo de elección racional resulta eficaz para explicar por qué la mayoría de la gente no participa en grupos que representan sus intereses, pero tropieza en la explicación básica de por qué una pequeña minoría sí lo hace. El modelo da cuenta de la participación en función de una definición estrecha de racionalidad, centrada en recompensas económicas u otros incentivos selectivos. La noción de altruismo, utopía o ganancia social colectiva no puede admitirse en el modelo, porque entonces se perdería elegancia metodológica del cálculo racional.

El problema del gorrón, del individuo egoístamente racional que, salvo coerción o incentivos selectivos no contribuye a la acción colectiva ni siquiera porque sus intereses individuales coinciden con los del grupo (porque prefiere intentar cosechar los beneficios de los esfuerzos de los demás sin aplicarse él mismo a la tarea), no tiene solución en el esquema olsoniano.

Para Olson, la acción colectiva sin incentivos selectivos ni coerción es o imposible o irracional. Este modelo económico de la cooperación resulta intrínsecamente incapaz de explicar el origen y el funcionamiento de las solidaridades de grupo más allá de la relación costo - beneficio. El individualismo metodológico de Olson ignora el hecho de que los movimientos sociales y otras formas de acción colectiva, en una gran cantidad de casos, se forman a partir de organizaciones y/o acciones colectivas ya existentes.

El modelo de Olson choca y es incompatible con una gran cantidad de movimientos sociales, cuyos fines tienen una relación estrecha con la obtención de bienes colectivos u objetivos de carácter universalista y no metas atribuibles a un interés de clase, grupo o meramente individuales. Este tipo de acciones colectivas contradice la lógica del interés propio, los intereses ideológicos y utópicos sin beneficio a corto y mediano plazo e incluso sin beneficio alguno y pesan mucho más que el simple y egoísta interés particular e individual.

De la misma manera, la participación en una acción colectiva por lo regular representa más costos que beneficios o beneficios poco probables, quedando sólo los costos y, a pesar de eso, los individuos no coartan su participación e incluso la incrementan.

La movilización de recursos

Como una respuesta al escaso poder explicativo de las teorías del comportamiento colectivo de la privación relativa y la elección racional, los teóricos norteamericanos de la acción colectiva y los movimientos sociales exploran un camino distinto de interpretación: la movilización de recursos.

Los teóricos más representativos de este enfoque son: John Mc Carthy y Zald Mayer (1977), J. Craig Jenkins (1983), Anthony Obershall (1987) y Charles Tilly (1978). La movilización de recursos es una teoría que parte del análisis de las organizaciones, no de los individuos. No se pregunta cuáles son los motivos que impulsan a los individuos a sumarse o participar en una acción colectiva, tampoco si los comportamientos de estos individuos son racionales, irracionales o desviados como en las anteriores propuestas. El enfoque penetra en la acción colectiva a partir del análisis de la eficacia con que las organizaciones de las distintas acciones colectivas y movimientos sociales emplean los recursos de que disponen para alcanzar sus objetivos. Las acciones colectivas y los movimientos sociales son, por tanto, 'organizaciones'. La organización constituye un elemento necesario para este enfoque, éstas se mueven en un contexto de un mercado donde los recursos son limitados y siempre en disputa. Así, la movilización es el proceso donde los grupos organizados se apropian de recursos, los controlan y canalizan para lograr y alcanzar cambios sociales.

Se da por hecho que en todas las sociedades existe la insatisfacción individual y los conflictos sociales; la acción colectiva no depende, entonces, de la existencia del conflicto en la vida societal, sino de la forma en que los individuos se organizan, o dicho en otras palabras, de la creación de organizaciones

para movilizar el conflicto. En una perspectiva como esta, el grupo de individuos o individuo que toma la iniciativa para organizar, crear la dirección y movilizar a la organización resulta fundamental.

Una vez que se ha formado cierta organización en una acción colectiva, aparecen nuevos aspectos a investigar, por ejemplo el tipo de estructura usada para maximizar la eficiencia de los objetivos, la activación de afiliados, la planificación organizativa como tácticas en las formas de acción, captación de nuevos miembros. El modelo de movilización de recursos proporciona una teoría integrada de cómo se forman las organizaciones, cómo se moviliza el apoyo público, cómo se desarrolla el comportamiento de las organizaciones y se decide la táctica política.

De acuerdo con este enfoque, la estrategia utilizada por sus integrantes a partir de un cálculo en el uso de los recursos es la clave de la movilización. La acción colectiva es un proceso de interacción de grupos para la creación, acceso, consumo, intercambio, transferencia o distribución de recursos. El conflicto no es otra cosa que la lucha por el control de los recursos escasos en el seno de la sociedad.

Al identificar organización con acción colectiva, el enfoque de la movilización de recursos clasifica a la acción colectiva y los movimientos sociales con base en la complejidad de sus organizaciones constitutivas: organización social, movimiento social, organización de movimientos sociales, industria de los movimientos sociales y sector de movimientos sociales.

Existen tres enfoques, considerados en muchas ocasiones como subenfoques de la movilización de recursos. El primero es la denominada Escuela Particularista de la acción colectiva de Charles Tilly (1978). Se centra en las motivaciones individuales que llevan a los individuos a participar en una acción colectiva o en un movimiento social, en un enfoque que ha realizado meticulosos estudios de caso. Tilly pone énfasis en la persecución de intereses comunes y la efectividad de la toma de decisiones tácticas en las distintas acciones colectivas. A Tilly le interesa demostrar cómo las organizaciones —antes de movilizarse por la lucha de los recursos disponibles— se agrupan con base a intereses compartidos y de ello depende el tipo de movilización adoptada.

El segundo es el llamado enfoque de redes de Max Kaase (1992) y Aldon Morris (1984), que concibe a la acción colectiva y los movimientos sociales como manifestaciones de redes socioespaciales latentes, cuyo elemento aglutinador son sobre todo comunidades de valores. Para el enfoque de redes, la sociedad industrial ha formado comunidades de valores fuertemente consolidadas con una interacción muy cercana de sus integrantes. Estas comunidades formadas subsisten durante largos periodos en forma latente, relacionándose entre sí. En una coyuntura favorable pueden activarse desarrollando su potencial de vinculación, formando fuertes y complejas redes societales. Así, la existencia de las redes socioespaciales constituye el requisito básico para la existencia de movimientos sociales. Es decir, una acción colectiva comunitaria basada en valores es explicación y condición necesaria para el surgimiento del movimiento social (Klandermans, 1989).

Por último, el enfoque cognitivo desarrollado por Ron Eyerman y Andrew Jamison (1991). Para estos autores, la acción colectiva es una forma de actividad mediante la cual los individuos crean varios tipos de identidades sociales, como procesos de praxis cognitiva. La acción colectiva está concebida como espacios públicos temporales, como momentos de creación colectiva que proveen a la vida societal de ideas, identidades e ideales. Los movimientos sociales constituyen procesos de aprendizaje social en el cual las organizaciones del movimiento actúan como fuerzas estructuradas. Abren un espacio donde interactúan creativamente los individuos, espacio que se amplía y socializa, transformándose en público en la articulación de intereses que puede llegar a afectar a la totalidad de la sociedad. Los movimientos sociales son productores de conocimiento social: median en la transformación del conocimiento cotidiano en conocimiento científico.

Si bien Oberschall (1987) insiste en que las organizaciones se basan en núcleos o grupalidades previamente existentes e insiste en la relación de los actores, solidaridades grupales y redes de interacción social con el Estado; Lester Thurow explora la apertura o cerrazón de los sistemas políticos,

en la presencia o ausencia de aliados o grupos de apoyo, el papel de las élites y la capacidad del Estado para procesar las demandas de la acción colectiva; algunas insuficiencias parecen evidentes.

Las aportaciones de la teoría de la movilización de recursos consisten en reconocer el conflicto como parte de lo cotidiano de la vida societal, y no, como era dominante, a partir de un concepto de patología; en resaltar que las acciones colectivas se explican y fundamentan en su origen por la existencia de grupalidades previas; así como en la constitución de redes solidarias entre ellas.

Sus limitaciones consisten: primero, en identificar a la acción colectiva con organización. Si bien la mayoría de las acciones muestran formas visibles de organización, quedan fuera todas aquellas expresiones de acción colectiva que no muestran señales visibles de organización. En segundo lugar, al considerar a la acción colectiva como una lucha por la apropiación de los recursos y la racionalidad estratégico - instrumental, presupone el modelo olsoniano. En tercer lugar, al presuponer que en la lucha por la apropiación de los recursos (para la movilización) el acceso a ellos es igualitario, deja de lado la existencia de la dominación política.

La perspectiva organizacional del enfoque de movilización de recursos, al identificar acción colectiva y movimientos con organizaciones, no sólo deja de lado y sin explicación a las expresiones que no la presentan. Olvida también que un movimiento o una acción colectiva son siempre más que las organizaciones que engloban, tendiendo a minusvalorar la oposición al sistema vigente, a lo alternativo, al papel que juegan las tendencias históricas, los desarrollos culturales, las ideologías, las filosofías políticas y las utopías. En síntesis, es un enfoque que pese a sus aportes aparece como una teoría explicativa de la acción colectiva como fenómenos apolíticos.

La perspectiva europea

Las teorías europeas de los movimientos sociales se conocen bajo el nombre de teorías de la identidad, aunque entre sus teóricos existen notables diferencias de perspectiva. En comparación con la escuela estadounidense de la movilización de recursos, acentúan más los factores del ideario y el proyecto histórico de los movimientos sociales como sujetos. Afirman que la aparición de los nuevos movimientos tiene que ver con las transformaciones fundamentales de la vida societal contemporánea. Subrayan que las líneas del conflicto social actual son diferentes a las existentes en la sociedad industrial clásica, de manera que el término *nuevos movimientos sociales* apunta a una distinción clara entre estos movimientos y los viejos e institucionalizados movimientos de la clase obrera.

El accionalismo

Para el accionalismo, representado por Francesco Alberoni (1970 y 1984), Alain Touraine (1984) y Alberto Melucci (1986), la sociedad es producto de su trabajo y de sus relaciones sociales. La sociedad no puede explicarse apelando a lo no social, a lo metasocial: la providencia, la ley, la evolución o las necesidades naturales. Hablar de lo social es hablar del funcionamiento de la sociedad, no sobre su naturaleza. Es decir, de sus orientaciones, su poder, sus mecanismos de decisión, sus formas de organización y de cambio.

La sociedad descansa en la acción social, que es por definición colectiva, es por entero producto de sus relaciones sociales. La sociedad es un sistema capaz de transformarse y reproducirse. Cuanto más compleja es la sociedad, ésta se manifiesta en formas menos mecánicas, aparecen más zonas de incertidumbre y la innovación, la disidencia y la imaginación cobran renovados impulsos.

El accionalismo considera que el objeto propio de la sociología no es el estudio de la estructura social, es decir, de sus instituciones u organizaciones, sino de la acción social. El accionalismo recupera la importancia que la estructura tiene como motor del conflicto y de las distintas formas de acciones colectivas.

Para este enfoque, la sociedad es un sistema de relaciones sociales y su funcionamiento es resultado de su acción, no reducida a mecanismos de control, integradores y represivos (dominación impuesta como en el marxismo) o a mecanismos de aprendizaje y reforzamiento de formas de conducta y de organización (consenso de valores como en el estructural- funcionalismo).

La sociedad es reproducción y adaptación, creación y producción de sí misma. La sociedad no es lo que es, sino lo que se hace ser. El accionalismo enfatiza las relaciones sociales conflictivas y la construcción de nuevas identidades como medio para crear espacios para el surgimiento de conductas colectivas autónomas. Asimismo, resalta las dimensiones culturales y sociales de las prácticas, al reinterpretar las normas y valores existentes y generar otros nuevos.

Lo anterior es así, porque la sociedad humana tiene la capacidad de creación simbólica, como un sistema de orientación de las prácticas que se interpone entre situación y conductas sociales. La capacidad de la sociedad para actuar sobre sí misma es llamada, por el accionalismo, 'historicidad'.

Las acciones colectivas se explican a partir de la posibilidad de los distintos sujetos de luchar por el control de la cultura, creando su propia historicidad. Las nociones fundamentales de un primer nivel de análisis de la acción colectiva y de los movimientos sociales son la historicidad, es decir, la reproducción de la sociedad por ella misma; el sistema de acción histórica, esto es, el conjunto de orientaciones sociales y culturales mediante las cuales la historicidad ejerce su influencia sobre el funcionamiento de la sociedad y las relaciones de clase, lo que entraña las luchas por el control de la historicidad y del sistema de acción histórica.

Un segundo nivel de análisis consiste en explorar los elementos vinculados con el sistema institucional o sistema político y el conjunto de las organizaciones sociales. El primer y segundo nivel conforma el análisis de sistema y de la estructura social. El tercer nivel de análisis está formado de una parte por los movimientos sociales o conductas situadas al nivel del campo de la historicidad, es decir, el conflicto al seno del sistema de acción histórica y las relaciones de clase. Y de otra, por el cambio social o paso de un campo de historicidad a otro y, por tanto, cambios en el sistema de acción histórica, en las relaciones de clase, en el sistema político y en la organización social. Este tercer nivel conforma el análisis de los sujetos y sus acciones. Aparece, entonces, la pretensión del accionalismo por conjuntar el análisis de la estructura y la acción en sus complejas relaciones a partir de los tres niveles indicados. Estructura y acción no se pueden divorciar puesto que ambos constituyen las relaciones sociales. Si la sociedad está compuesta de relaciones sociales, la acción colectiva debe ser, por tanto, concebida como una relación social.

Los principios básicos de los movimientos sociales son tres. El primero es la identidad, que es la capacidad de los sujetos de reconocerse y ser reconocidos como parte de la sociedad, lo que implica construcción de identidades en sí, para sí o para el otro. El segundo es la oposición pensada como elemento que hace surgir al adversario y permite a la acción colectiva poner en marcha su capacidad para reconocerlo (el Estado u otro grupo social, por ejemplo) y, a la vez, reconocer posibles aliados. Finalmente, un tercero: la totalidad que implica la construcción de un proyecto que puede o no romper con la historicidad vigente, es la posibilidad de apropiarse de la construcción de una nueva vida societal o reforzar la existente.

En este marco conceptual, los nuevos movimientos sociales son definidos como redes de formación de identidades, generadoras de espacios públicos de gestión, de representación y de reconocimiento como movimientos autoconstruidos. Las redes o áreas de movimientos están construidas por individuos y pequeños grupos articulados entre sí compartiendo culturas e identidades. Se basan en relaciones informales, en las que el involucramiento personal y la solidaridad afectiva son decisivos. Operan inmersos en la problemática de la cotidianidad y no tanto en el terreno político, aunque no lo excluyen. Pasan por etapas de latencia o invisibilidad, en las que su existencia no es advertida por la sociedad, a diferencia de aquellas otras acciones colectivas que se manifiestan por su aparición en el espacio público.

Los aportes del accionalismo son tres. Primero, establecer los diferentes niveles en que se ubican las acciones colectivas y precisar que el movimiento social resulta de alguna forma de comportamiento colectivo, pero que no toda acción colectiva es un movimiento social. Segundo, acentuar el carácter plural y heterogéneo de los movimientos sociales actuales. Tercero, intentar fusionar el análisis estructural con la acción social.

Quizá la limitante más importante de esta teoría, ante la influencia del marxismo estructural, sea que la noción de movimiento social no es separable de la clase social, tendiendo así a identificar movimiento social con clase social.

Este ejemplo pretende demostrar la necesidad de construcción de goznes, síntesis y balance de las dicotomías como el **noveno dilema** hacia la transdisciplina.

La construcción de la transdisciplina

El conocimiento está dividido en dominios disciplinares, con contactos e interferencias y, a la vez con conexiones entre ellas (Dogan y Pahre, 1993: 84). Nadie está en condiciones de dominar todos los segmentos.

La transdisciplina como proceso científico, se produce no en el centro, sino en el borde, en las fronteras y vanguardia de las disciplinas. La innovación se construye en la intersección de las disciplinas.

La transdisciplina implica tres momentos, que van y vienen, formando un calidoscopio y, son base de complejas redes y redes de redes de investigación.

1. *Primer momento:* la fragmentación. No es otra cosa más que la especialización científica o, en otras palabras: la fragmentación del conocimiento en disciplinas, subdisciplinas y subdisciplinas de las subdisciplinas.
2. *Segundo momento:* la rearticulación. Es cuando la especialización llega a su límite, produciendo una recombinación de fragmentos en dominios híbridos, del centro a la periferia. Por citar dos ejemplos, tenemos a la Ecosociología y la Agroecología.
3. *Tercer momento:* la transdisciplina. Cuando la fragmentación o la rearticulación observan lo realmente existente, es porque lo hacen desde el seno de la vida social.

Las disciplinas, las subdisciplinas y los dominios híbridos (Dogan y Pahre, 1993: 45) deben ser nómadas, capaces de circular, conectarse y comunicarse mutuamente. Por tanto, las puertas de ingreso a lo realmente existente son múltiples: desde las disciplinas, las subdisciplinas o los dominios híbridos. El tránsito de la Sociología Rural a la Agroecología es un ejemplo de estas variadas y múltiples puertas de acceso (Sevilla Guzmán, 2006). Lo importante no es por donde se ingresa, sino que una vez dentro se forma parte de la complejidad y la complejización, de la que hay que dar cuenta de manera transdisciplinaria (García, 1990: 62).

Obstáculos para la transdisciplina

Desde las disciplinas, subdisciplinas y dominios híbridos, la construcción de enfoques multidimensionales que presupone: articulación, innovación, invención, recuperación y reconceptualización, enfrenta no pocos obstáculos:

1. *Comunidad científica.* Suele ser heterogénea: con formación diversa en teorías y paradigmas; pluralidad de perspectivas ideológicas; multiplicidad de objetos de estudio y metodologías (por ejemplo: partidarios del modelo teórico, defensores de la evidencia empírica, apasionados de la estadística o alérgicos a la cuantificación). También, la comunidad científica está fragmentada y estratificada, con escasa intercomunicación entre instituciones y especialidades.

2. *Institucionalización.* Las disciplinas y subdisciplinas están separadas unas de otras, formando en muchas ocasiones feudos. Inclusive, la estructura de nuestras universidades en divisiones, facultades, departamentos y carreras, son un ejemplo. Respecto a los dominios híbridos se enfrentan a la falta de reconocimiento, a la marginación e inclusive a la intolerancia.
3. *La profesionalización.* A las especialidades, subespecialidades y dominios híbridos se les solicita ser cada vez más prácticos y menos teóricos. Ser más instrumentales y estar acorde con el mercado de trabajo y las necesidades de los empleadores (Girola y Olvera, 1994: 54).
4. *La resistencia al cambio.* Es más fácil para el científico permanecer disciplinar --aunque se caiga en la esterilización inter y/o multidisciplinaria--, que híbrido. Pero ser híbrido conlleva riesgos importantes que, también, obstaculizan a la transdisciplina. Por ejemplo: el empleo incorrecto de conceptos prestados de otras disciplinas (atropellamiento intelectual); elaboración de un discurso dotado de complejidad conceptual (pedantería intelectual) y el utilitarismo; es decir, la formulación de proyectos de investigación, reportes técnicos, propuestas teóricas o metodologías, etcétera, a petición del cliente (meserismo intelectual).

Conclusión

En este trabajo no nos proponemos describir las transformaciones de nuestra vida social. Para acercarnos a su comprensión debemos reflexionar sobre el estado actual de los instrumentos teóricos y metodológicos de las disciplinas sociales (en particular de la Sociología Rural), que empleamos para percibir el mundo que nos rodea y percibirnos a nosotros mismos.

Resaltamos las limitantes de cualquier visión unilateral que sólo privilegia un polo dicotómico y hacemos énfasis en la vital necesidad de creación de enfoques transdisciplinarios, en la búsqueda por encontrar la forma de construir nuevos cuerpos teóricos.

Las oposiciones, diferenciaciones, separaciones y distinciones, representan esfuerzos para sistematizar los conocimientos que han sido adquiridos en la investigación empírica y la reflexión teórica, hoy superados por la velocidad de los cambios, la complejidad y la complejización de lo realmente existente. Ejemplificamos lo anterior señalando dicotomías usadas por la Sociología Rural.

Este trabajo, con su propuesta de nueve dilemas, se suma a una aspiración tanto práctica como teórica, en la que hoy muchos hombres están empeñados: el logro de la Transdisciplina, la cual abre una gama extraordinaria de líneas de investigación, de posibilidades reflexivas y de construcción de cuerpos teóricos. Alcanzar la Transdisciplina permitirá comprender y definir la naturaleza de la transición de la actual vida social en términos teóricos; pero también nos permitirá reconstruir nuestra capacidad de manejar y encauzar el ritmo y la aceleración del cambio, su transitoriedad, su novedad y su diversidad, ayudándonos a construir, diseñar y concebir las futuras opciones posibles, viables y deseables. Esto, desde mi particular punto de vista, es el gran y maravilloso reto al que hoy nos enfrentamos las distintas disciplinas, subdisciplinas y dominios híbridos.

Bibliografía

- Alberoni, F. (1984). *Movimiento e institución.* Madrid España: Ed. Nacional.
- Alberoni, F. (1970). *Cuestiones de sociología.* Barcelona, España: Herder.
- Bell, D. (1997). *Las contradicciones culturales del Capitalismo.* Madrid, España: Alianza Editorial.
- Collins, R. (1996). *Cuatro tradiciones sociológicas.* México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

- Dogan, M. y R. Pahre. (1993). *Las nuevas ciencias sociales. La marginación creadora*. México: Ed. Grijalbo.
- Elster, J. (1991). *Juicios salomónicos*. Barcelona, España: Ed. Gedisa.
- Eyerman, R. y A. Jamison. (1991). *Social movements: a cognitive approach*. Cambridge: Polity Press.
- García C., N. (1990). *Culturas híbridas*. México: Ed. Grijalbo.
- Girola, L. y M. Olvera. (1994). *Cambios temático-conceptuales en la sociología mexicana de los últimos veinte años*. *Sociológica* núm. 24. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Gouldner, A. (1979). *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Ed.
- Gurr, T. (1970). *Why men rebel*. USA: Princeton University Press.
- Hardt, M. y A. Negri. (2002). *Imperio*. Argentina: Editorial Paidós.
- Jefrey, A. (1989). *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Análisis Multidimensional*. Barcelona, España: Ed. Gedisa.
- Jenkins, J. (1986). "Resource mobilization Theory and study of social movements". *Annual Review of Sociology*, vol. 9.
- Kaase, M. (1982). "Partizipatorische revolution-ender partein". En *Bürgerund parteien*, (comp.) Joachim Raschke. Opladen: Westdeutscher Verlag.
- Klandermans, B. y S. Tarrow (comps.). (1989). *New social movements in USA and Europe*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.
- Kosik, K. (1997). *Dialéctica de lo concreto. Estudio sobre los problemas del hombre y el mundo*. México: Ed. Grijalbo.
- Kuhn, T. (1993). *La estructura de las revoluciones Científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- McCarthy, J. y Z. Mayer. (1977). "Resource mobilization and social movements: a partial theory". *American Journal of Sociology*. núm. 82.
- Mellucci, A. (1986). "Las teorías de los movimientos sociales". *Estudios Políticos*. núm. 41, oct-mar, 1985-1986.
- Merton, R. K. (1974). *Teoría y estructuras sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Morin, E. (1994). *Sociología*. Madrid, España: Ed. Tecnos.
- Morin, E. (1998). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona, España: Ed. Gedisa,
- Morris, A. (1984). *The origins of the civil rights movement*. Nueva York: Free Press.
- Obershall, A. (1987). "Teoría sobre el conflicto". En Ma. Salles y Tarrés (Comp.), *Una antología para el estudio de los movimientos sociales*. México: COMECSO / Universidad de Guadalajara.
- Olson, M. (1992). *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y la teoría de grupos*. México: Limusa-Noriega Ed.
- Parsons, T. (1968). *La estructura de la acción social*. Madrid, España: Ed. Guadarrama.
- Ritzer, G. (1997). *Teoría sociológica contemporánea*. México: Mc Graw-Hills.
- Sartori, G. (1998). *Homo videns. La sociedad teledirigida*. España: Ed. Taurus.
- Sevilla G., E. (2006). *De la sociología Rural a la Agroecología*. Barcelona, España: Icaria Editorial.

- Simon, H. A. (1989). *Naturaleza y límites de la razón humana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Smelser, N. (1989). *Teoría del comportamiento colectivo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Thurow, L. C. (1998). *Corrientes peligrosas: El estado de la ciencia económica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tilly, Ch. (1978). *From mobilization to revolution*. Nueva York: Random House.
- Toffler, A. (1993). *La tercera ola*. México: Edivisión Compañía Editorial.
- Touraine, A. (1984). *El retorno del actor*. Ed. Sudamérica, Buenos Aires.
- Touraine, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: el destino del hombre en la aldea global*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Turner, R. y I. Killian. (1957). *Collective Behaviour*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Weber, M. (1982). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Argentina: Amorrortu Ed.